



Panorama Nacional

“La historia es un conjunto de mentiras sobre la que la gente ha decidido estar de acuerdo”

Napoleón Bonaparte.

Los argentinos, ni siquiera nos ponemos de acuerdo en las mentiras...nos perdemos, una y otra vez, en la búsqueda de acuerdos en los meandros de la historia. No estamos pudiendo alcanzar consensos para poder edificar una sociedad próspera y desarrollada. ¿Y si probáramos acordando con la verdad? ¿Parece más difícil, no?

Presumo que es más fácil acordar con la mentira consensuada porque siempre está a la mano hacer borrón y cuenta nueva...y así, volver a empezar sin consecuencias individuales. Al fin y al cabo no hay pequeñas o grandes mentiras ¡hay mentiras! Y es más fácil procesarlas mirando hacia adelante aún dejando girones a nuestras espaldas. La historia la escriben los que ganan y esto refleja el consenso de la gente que ganó. Pero quienes perdieron también reflejan un consenso sobre los hechos que los arrojaron al olvido. Qué sucede cuando ambos relatos basados en mentiras consensuadas no prevalece uno sobre el otro...¡la parálisis! Es lo que sucede con nuestra sociedad. Está estancada por mentiras consensuadas que no han prevalecido a lo largo del tiempo. De nuevo ¿y si probamos con la verdad? En su intento por desandar este camino en los albores de la recuperación democrática Raúl Alfonsín dirigió un extendido y conceptual discurso a la sociedad llamando a una Convergencia Democrática, decía:

“Detrás de cada unidad nacional hay un gran proyecto capaz de asociar en la construcción de un futuro común a fuerzas étnicas, religiosas, culturales, lingüísticas o socialmente diferenciadas entre sí y provenientes, en general, de un pasado de segregación. Uno de los rasgos distintivos de la Argentina ha sido nuestra ineptitud para delinear con éxito una empresa nacional de esta naturaleza. Un proyecto de país en el que todos los componentes de nuestra sociedad se reconocieran a sí mismos. Otros países, conocieron en el pasado terribles luchas internas, pero supieron disolver sus dicotomías en unidades nacionales integradas, cuyos componentes se reconocen entre sí como parte del conjunto en un universo de principios, normas, fines y valores comunes. Esta integración, aunque intentada varias veces, nunca alcanzó a prosperar en la Argentina, que mantuvo como una constante a lo largo de todo su itinerario histórico la división maniquea de su propia sociedad en universos político-culturales inconexos e inconciliables. Nuestra historia no es la de un proceso unificador, sino la de una dicotomía cristalizada que se fue manteniendo básicamente igual a sí misma, bajo sucesivas variaciones de denominación, consistencia social e ideología. Ahí están, como expresiones de esta división, los enfrentamientos entre unitarios y federales, entre la “Causa” yrigoyenista y el “Régimen”, entre el conservadorismo restaurado en 1930 y el radicalismo proscrito, entre el peronismo y el antiperonismo. Bajo signos cambiantes, el país permanecía invariablemente dividido en compartimentos estancos que, en mayor o menor medida, se concebían a sí mismos como encarnaciones del todo nacional, con exclusión de los demás. La Argentina no era una gran patria común, sino una conflictiva yuxtaposición de una patria y una anti-patria; una nación y una anti-nación. Como unidad política y territorial, la nación se asentaba en el precario dominio de un grupo sobre los demás y no en una deseada articulación de todos en un sistema común de convivencia. Con el desarrollo económico, el país fue creciendo en complejidad, generando en su sociedad una progresiva diferenciación interna entre grupos políticos, corporativos y sectoriales, todos los cuales se tiñeron de aquella mentalidad animada por una conciencia cultural cerrada.”

¿Y si probamos con la verdad...? Las mentiras que sostienen los relatos que cavan trincheras fenecerán...eso sí va a ser un poco más doloroso...para algunos muy poquitos y “poderosos”.

